1991

872-1

# MEDITANDO EL INFORME RETTIG

por ANDRES AYLWIN AZOCAR

A partir del 11 de septiembre de 1973, me tocó actuar o relacionarme como abogado en multiples situaciones de graves violaciones a los derechos humanos. Busco esos casos en el Informe Rettig, y leo sobre uno de ellos: "El detenido se encontraba en deplorables condiciones físicas, existiendo multiples testimonios de que tenía ambas rodillas rotas. Su cuerpo, junto a otras cinco víctimas, llegaron a la Morgue casi destrozados por heridas con arma blanca; los impactos de bala que presentaban habían sido hechos después de sus muertes".

Este tipo de situaciones desgarradoras se repiten en el Informe por centenares. Son 2.025 casos de ejecutados o personas hechas desaparecer, con responsabilidad directa de agentes del Estado. A lo largo de todo Chile, las mismas crueldades: "parrilla", "camarote metálica de dos pisos para aplicar corriente eléctrica a dos personas (arriba tal vez un hijo, la esposa); "colgamientos", "hundimiento de la cabeza en recipientes con agua", etc, etc.

Leo lo que ya mi conocimiento e intuición me habían dicho desde hace muchos años: la "DINA", dependiente directamente del Presidente de la República, realizando una política sistemática de eliminación de disidentes.

Me cuesta entender tanta crueldad. Recuerdo tanto sufrimiento; tantas lágrimas; tantos seres indefensos que llegaban a la Vicaría como su única esperanza. Me impongo en el Informe: "No hubo plan "Z", "No hubo guerra interna"; "las circunstancias anteriores al 11 de septiembre no justifican en

forma alguna tanta barbarie".

Me tocó sufrir desde 1973 el desaparecimienteo masivo de campesinos en la zona de Paine. Allí supe que la detención y desaparecimiento de personas es peor que la muerte misma. Recuerdo nuestras súplicas desesperadas ante una Corte Suprema absolutamente indiferente e insensible. Leo en el Informe decenas de testimonios de los sectores rurales: "Sentí los disparos, salí y encontré su cuerpo. Me gritaron que fuera a enterrar el perro que había muerto. Ese perro era mi único hijo. Me dieron tres horas para enterrarlo y salir del pueblo... nos prohibieron ponernos luto y decir misa".

Siento la voz de un pueblo que clama "justicia", encontrar los cuerpos de los desaparecidos. No venganza. Simplemente "justicia". Lo veo como un imperativo ético para nuestra patria. También sueño, como millones de chilenos, en que tanto dolor tenga algún significado: la creación de una gran conciencia moral colectiva que haga posible que siempre miremos a todo ser humano como un hijo de Dios, un "hermano" al que jamás se le pueda torturar, asesinar, humillar. ¡Jamás!.